

Emilia Pardo Bazán

# La mujer española y otros escritos

Edición de Guadalupe Gómez-Ferrer

EDICIONES CÁTEDRA  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA  
INSTITUTO DE LA MUJER

toocracia que en la clase media, que es la que más ha sentido el influjo de la transformación política y social en beneficio del varón. Los últimos chispazos de conciencia pública en la mujer española fueron sus protestas y la especie de *fronda* que organizó cuando la revolución de septiembre de 1868 tomó color anticatólico y Amadeo I se sentó en el trono. Al mismo orden de manifestaciones pertenece la cooperación que las mujeres (las aldeanas sobre todo) prestaron al alzamiento carlista en las provincias del norte. (Y nótese cómo siempre que la mujer española revela interés político, se adhiere a la España antigua; la nueva, socialmente hablando, no se ha formado su elemento femenino.) Extinguida la última guerra civil, la mujer no vuelve a pensar en negocios públicos; si algunas señoras adoptan la costumbre de frecuentar las tribunas del Congreso, es por distracción por ver o ser vistas. Quejábame hace pocos días un amigo mío, de ideas nada reaccionarias, de que la mujer española carece de ideal; y pensaba yo, al oír su queja, que no puede tenerlo, porque ni le han infundido el nuevo, ni le han respetado el antiguo.

Adolece el hombre, en España, de un dualismo penoso. Inclinado a las novedades sociológicas con tal ardor, que en ningún país, salvo quizá en el Japón, han sido más radicales y súbitas las reformas, siente a la vez de un modo tan intenso el apego a la tradición, que siempre vuelve a ella, como el esposo infiel a la esposa constante. Y el punto en que la tradición se impone con mayor fuerza al español, porque late, digámoslo así, en el fondo de su sangre semítica, es el de las cuestiones relativas a la mujer. **Para el español** —insisto en ello—, todo puede y debe transformarse; sólo la mujer ha de mantenerse inmutable y fija como la estrella polar. Preguntad al hombre más liberal de España qué condiciones tiene que reunir la mujer según su corazón, y os trazará un diseño muy poco diferente del que delineó Fray Luis de León en *La perfecta casada*, o Juan Luis Vives en *La institución de la mujer cristiana*, si ya no es que remontando más la corriente de los tiempos, sube hasta la Biblia y no se conforma sino con la *Mujer fuerte*. Al mismo tiempo que dibuja tan severa silueta, y pide a la hembra las virtudes del filósofo estoico y del ángel reunidas, el español la quiere metida en una campana de cristal que la aisle del mundo exterior por medio de la **ignorancia**. Hombre conozco que se pasa

Siendo el matrimonio y el provecho que reporta la única aspiración de la burguesa, sus padres tratan de educarla con arreglo a las ideas o preocupaciones del sexo masculino, manteniéndola en aquel justo medio, con tendencia a la inmovilidad, que, según dejé indicado en artículos anteriores, desea el español para su compañera. **Por más que todavía hay** hombres partidarios de la absoluta ignorancia en la mujer, la mayoría va prefiriendo, en el terreno práctico, una mujer que sin ambicionar la instrucción fundamental y nutritiva, tenga un baño, barniz o apariencia que la haga «presentable». Si no quieren a la instruida, la quieren algo educada, sobre todo en lo exterior y ornamental. El progreso no es una palabra vana, puesto que hoy un marido burgués se sonrojaría de que su esposa no supiera leer ni escribir. La historia, la retórica, la astronomía, las matemáticas, son conocimientos ya algo sospechosos para los hombres; la filosofía y las lenguas clásicas serían una prevaricación; en cambio, transigen y hasta gustan de los idiomas, la geografía, la música y el dibujo, siempre que no rebasen del límite de *aficiones* y no se conviertan en *vocación* seria y real. Pintar platos, decorar tacitas, emborronar un «efecto de luna», bueno; frecuentar los museos, estudiar la naturaleza, copiar del modelo vivo, malo, malo. Leer en francés el figurín, y en inglés las novelas de Walter Scott..., ¡psh! bien; leer en latín a Horacio..., ¡horror, **horror, tres veces horror!**

Este sistema educativo donde predominan las medias tintas, y donde se evita como un sacrilegio el ahondar y el consolidar, da el resultado inevitable, limita a la mujer, la estrecha y reduce, haciéndola más pequeña aún que el tamaño natural, y manteniéndola en perpetua infancia. Tiene un carácter puramente externo: es, cuando más, una educación de cascarilla; y si puede infundir pretensiones y conatos de conocimientos, no alcanza a estimular debidamente la actividad cerebral.

Siendo tan deficiente, desde el punto de vista intelectual, la educación de la mujer, no es mucho más jugosa en el terreno práctico. Ni nociones de higiene y fisiología, tan necesarias para el cultivo de la salud propia y de la robustez de los hijos, ni rudimentos del arte culinario, ni prácticas y hábitos de exquisita limpieza y orden riguroso, ni inteligencia de esa poesía que comunica a la habitación humana el delicado esmero femenino, lleva generalmen-